



FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA*

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Eclesiástico 3,2-6.12.14; Colosenses 3,12-21; Lucas 2,41-52

El domingo que sigue a la fiesta de Navidad se celebra la fiesta de la Sagrada Familia. Solamente Lucas le presta una atención. Es claro que María, José y Jesús forman parte de ella. Si tomamos en cuenta las costumbres de la época, otros más debieron formar parte de ella, en un sentido amplio: los que por algunos vínculos compartían la vivienda formada por algunas estancias comunes en torno a un patio en el que transcurrían las faenas de una buena parte del día, también el juego y el cuidado de los niños. Lucas se interesa por cómo Jesús se desarrolla, crece y -creo que suponemos bien- va descubriendo su identidad y misión. Dos pinceladas a la niñez y adolescencia de Jesús.

El relato de la infancia concluye el versículo 40: “el niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él”. “Crecía y se fortalecía”, como todo niño. El entorno y la vida familiar fue como su escuela para aprender a relacionarse con otras personas, con niños como él y con adultos, a socializarse, reconociendo a los demás y haciéndose reconocer. Sin duda, hay que reconocer relevante papel discreto de María y de José (del que no tenemos ninguna especial información, salvo la que designa a Jesús como el “hijo de José” (Lc,4,22), del que había recibido unas habilidades para el trabajo y un reconocimiento por parte de sus paisanos. Igualmente hay resaltar la presencia de María y de José en la inicial experiencia religiosa de Jesús y la de su participación, impulsada y acompañada por los padres, donde el niño Jesús se inicia en la experiencia religiosa fundamental: un Dios, que como padre y madre nos quiere y nos acompaña. El “abba” de Jesús ahí tiene sus raíces, Las convicciones más profundas y más bellas sólo se descubren transmitidas por quienes a nuestro lado, las viven y las comparten de manera sencilla y cotidiana.

Una pincelada no menos importante la encontramos en el pequeño relato de la adolescencia (“cuando cumplió los doce años”) y ya un judío ante la Ley con sus obligaciones y responsabilidades, como la visita anual al Templo. Es casi sólo una anécdota, pero muy significativa de cómo iba asumiendo sus responsabilidades como persona, como “hijo”, en relación con sus padres, ya no como niño, pero no aún como adulto independiente. Al regreso de sus padres a Nazaret tomó su primera decisión, con autonomía adolescente – no pide permiso- y se queda en Jerusalén. No lo plantea como

* Ciclo C

norma de comportamiento. Luego se dirá que vive con ellos en Nazaret, también como una decisión libre y gozosa.

María y José retornan para buscarlo y enfrentan con responsabilidad: “¿por qué nos has hecho esto? Mira tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando.” Nótese que en una sociedad patriarcal, en esta familia es María, mujer, la que con palabras atinadas toma la iniciativa, cuestiona, habla con autoridad, exige una explicación, sin humillar, sin confundir el sentimiento con la complaciente condescendencia. El cuestionamiento y la crítica se realizan por el amor que se tiene a las personas para que éstas crezcan, responsables y con verdadera libertad.

Jesús no es un adolescente caprichoso, asume su responsabilidad y da cuenta de ello: “¿No sabían que debía estar en la casa de mi Padre?” Responde desde una madurez y conciencia creciente de su identidad y misión. En otras traducciones también fundamentadas dice: “en las cosas de mi Padre”, lo que concierne al Reinado de Dios, lo que exige libertad, autonomía y compromiso: oración y vida solidaria. Esas actitudes no se improvisan en el futuro adulto, hay que trabajarlas responsablemente en una comunidad cristiana que acompañe, cuestione, anime, mantenga y recuerde incisivamente el proyecto y el llamado de Jesús.

La fiesta de la Sagrada Familia es ocasión propicia para revisar la tarea evangelizadora de nuestras familias y nuestras comunidades.